

Nosotros, siguiendo el sistema del mayor número, extenderemos esta época hasta fines del siglo XV, tiempo en el cual ocurrieron varios sucesos de universal importancia. Cayó el imperio de Oriente, el cual, si bien en su abyecta agonía contribuyó poco á la civilización, dejó al caer que echára raíces en Europa un estado bárbaro, mientras desaparecía otro con la conquista de Granada; se inventaron y aun se aplicaron la imprenta y la pólvora; se reunió el último gran feudo de Francia (la Bretaña) á aquella corona; se publicó la paz pública en Alemania; entró Carlos VIII en Italia, circunstancia que revela la debilidad de este país, cuyas artes y costumbres difundía aquel monarca entre los Transalpinos, comenzando una serie de guerras y de alianzas que ha durado hasta nuestros días; se dobló el cabo de Buena Esperanza; se descubrió la América; nació Lutero.

El historiador, al narrar los hechos de este período se encuentra rodeado de dificultades, porque no tiene delante de sí, como al tratar de los tiempos antiguos, una nación grande que atraiga á su esfera de acción á todas las demás y concentre la atención, ni como en los tiempos modernos un sistema de política al cual se refieran más ó menos los sucesos de toda Europa. Pueblos diversos por su raza, su idioma y sus intereses aparecen desparramados cada uno trabajando separadamente en su civilización particular, y sin cuidarse, hasta que llega la época de las Cruzadas, más que de asegurar su posición en el mundo, que entretanto recorren, ensangrientan, miden con las alabardas, dividen con las cimitarras.

Habiendo enmudecido los grandes historiadores, cuyo genio daba calor y vida á la narración, sin que el narrador tuviera que hacer otra cosa más que prevenirse contra la admiración y contra el resplandor de que rodeaban los hechos antiguos, resplandor que á veces no dejaba distinguir lo verdadero ni lo justo de lo bello, en la época de que vamos á tratar no tenemos por apoyo más que crónicas toscas de pueblos niños, ó compilaciones pedantes de naciones decrepitas; áridos huesos para cuya resurrección se necesitaria tener la fuerza de un genio superior. Las unas se empeñan en desfigurar la fisonomía de los pueblos nuevos, atribuyéndoles sentimientos y usos antiguos; las otras han sido compuestas en las catedrales y en los monasterios, último refugio de los estudios, por frailes, que ignorando los enredos de la política, por servir á la comunidad ó por obedecer al superior, anotaban los acontecimientos que llamaban su atención, aun en su silencioso retiro. Estos narradores, si bien sinceros y deseosos de contar la verdad, incurren en errores á causa de su misma sencillez. Crédulos, deslumbrados por las apariencias del momento; imbuidos en las pasiones de sus contemporáneos ó de su corporación; sin criterio para discernir, ni previsión para adivinar, ni discernimiento para enlazar los efectos con las

causas; presentando accidentes y personajes inconexos, refiriendo guerras sin pormenores, aludiendo á revoluciones no referidas, presentan la imagen de una sociedad que no consiguen explicar. No dejan nunca de hacer mención de las cualidades físicas, de los fenómenos del tiempo, de los cometas, eclipses y presagios del porvenir; de un príncipe que no prodigó sus dones al monasterio dirán: *Nada hizo*; y la inmediata intervención de la Divinidad aun en las cosas más pequeñas, les dispensa de la indagación de las causas naturales. *Así plugo á Dios*, es también la razón que los Musulmanes nos presentan de los hechos dignos de mayor reflexión. Si preguntamos por qué fué tan súbito el triunfo de los Normandos en Inglaterra, Enrique de Huntington nos responde: *MLXVI anno gratiæ, etc., perfecit dominator Deus de gente Anglorum quod diu cogitaverat: genti namque Normannorum asperæ et callidæ tradidit eos ad exterminandum*; y Guillermo de Malmesbury no es más explícito.

Á veces también estos cronistas guardan silencio acerca de los sucesos más importantes, ó bien se limitan á mencionarlos con cuatro solas palabras. La Crónica de San Gall en 759 no dice sino que *quieverunt*; en otras partes refiriéndose á un año entero se dice solamente que fué *hiems grandis et dura*. Los anales de Génova hacen mención de las Cruzadas, diciendo solamente: *In primo exercitu Francorum versus Anthiochiam MXCVII. Et quando civitas Jerusalem capta fuit MXCVIII*. Alfonso VI combate á las fuerzas reunidas de los Árabes de España y de los Almoravides de África, y los Anales de Alcalá dicen: 1124, *die VI. X kal. novemb. die SS. Servandi et Germani, fuit illa arrancada in Baduzo, id est Sacralias, et fuit ruptus anus rex Adefonsus*; los de Compostela: *Era 1124 fuit illa dies Badojoz*; y los de Toledo: *Era 1124 arrancaron Moros el rey don Alfonso en Zagalla*. Y sin embargo, se trataba de dos grandes pueblos, de dos religiones, de dos civilizaciones. Otra crónica escribe: 888, *perditio facta fuit in Varo per Græcos*, y con esto se contenta para indicar la destrucción completa y definitiva de la dominación griega en Bari y en Italia. Otra crónica milanesa dice: 1198, *facta fuit credentia sancti Ambrosii*; y no habla una palabra más de aquel gran movimiento que agitó á todo el siglo XIII, y que dió á la ínfima plebe derechos civiles y abolió la esclavitud en los municipios italianos. Y sin embargo, las crónicas italianas son algo mejores que las otras, por más que lleven el sello de las pasiones del narrador ó de su tiempo.

Porque los mismos que más se elevan, y que se hallaron en situación de examinar de cerca los sucesos y sus móviles secretos, los observan únicamente bajo el punto de vista de la creencia, de la nación, del partido á que pertenecían, sin estudiarlos jamás bajo el aspecto contrario; semejantes en esto á los papas que creían cristianos á los Mogoles de Gengis Kan, porque no